

Aproximaciones Teóricas al Análisis Etnográfico de la Estructura de Clases: Prácticas Sociales y Políticas en Sectoros Subalternos.

Daniel Cueva, María Fernanda Hughes y
Mónica Tacca.

Cita:

Daniel Cueva, María Fernanda Hughes y Mónica Tacca (2004).
*Aproximaciones Teóricas al Análisis Etnográfico de la Estructura de
Clases: Prácticas Sociales y Políticas en Sectoros Subalternos. V
Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A.
G, San Felipe.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/150>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/FeV>

SCHMITT, CARL 1922 "Teología política I. Cuatro capítulos sobre la teoría de la soberanía", en *Carl Schmitt, teólogo de la política*, Héctor Orestes (Compilador), FCE, México, 2001, pp. 19-62.

VENEGAS, MARCELO 2002 "Evolución del estado jurídico de los indígenas", en *La cuestión mapuche: aportes para el debate*, Eugenio Guzmán (Editor), Fundación Libertad y Desarrollo, Santiago, pp. 43-113.

WEBER, MAX 1919 "Politik als Beruf", en: Idem, *Gesammelte politische Schriften*, J.C.B. Mohr, Tubinga, 1988, págs. 505-560.

WEBER, MAX 1921 *Wirtschaft und Gesellschaft*, J.C.B. Mohr, Tubinga, 1980.

ZÚÑIGA, GERARDO 2000 "Notas sobre la legislación y el debate internacional en torno a los derechos territoriales indígenas", en *Estudios Atacameños* 19, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, pp.175-188.

Aproximaciones Teóricas al Análisis Etnográfico de la Estructura de Clases: Prácticas Sociales y Políticas en Sectores Subalternos

Daniel Cueva*, María Fernanda Hughes**, Mónica Tacca***

Resumen

Esta comunicación se inscribe en el marco del proyecto de investigación "Procesos de implementación del modelo neoliberal en Chile y en Argentina. Los derechos de ciudadanía y la representación social del Estado". Uno de los objetivos que nos planteamos en dicho proyecto, es seleccionar un conjunto de criterios que nos permitan comparar las estructuras sociales de Chile y de Argentina.

En este sentido, nos proponemos realizar una exploración preliminar crítica sobre los estudios de estructura social, y proponer la revalorización del concepto thompsoniano de "lucha de clases" y de "clase como categoría histórica", lo que nos permitirá abordar desde el trabajo de campo etnográfico una "comparación transnacional sistemática y empíricamente fundada que preste atención a los significados y las experiencias vividas" por los sujetos.

De esta forma, analizaremos la estructura de clases no desde sus "determinaciones objetivas", sino desde la acción histórica, lo que implica, una relectura de los llamados nuevos movimientos sociales de protesta, distinguiendo la situación de clase y la formación de clase, que implica un concepto de clase en tanto proceso y relación. En el marco del proceso hegemónico neoliberal, lo experimentado por los sujetos, podría llegar a constituirse en una cultura política contrahegemónica.

1. Introducción

Esta presentación se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación "Procesos de implementación del modelo neoliberal en Chile y en Argentina. Los derechos de ciudadanía y la representación social del Estado"¹, y parte de los resultados a los que arribamos en investigaciones anteriores².

En el proyecto bienal actual, nos proponemos indagar acerca de la aplicabilidad diferencial del modelo neoliberal en Chile y en Argentina y establecer la forma en que los derechos de ciudadanía en las poblaciones de ambos países se vieron afectados. Uno de los objetivos que nos planteamos en dicho proyecto, es seleccionar un conjunto de criterios que nos permitan comparar las estructuras sociales de Chile y de Argentina.

Tanto las políticas neoliberales como sus consecuencias, han sido exhaustivamente descritas y analizadas. Sin embargo, no han recibido similar atención las consecuencias que han provocado estas profundas transformaciones sobre las estructuras sociales de los países de la región. La estructura de clases de estas sociedades no se ha mantenido al margen de los cambios.

* Lic. Antropología. Ciclo Básico Común. Universidad de Buenos Aires. Correo: jatunruna@argentina.com

** Lic. Antropología. Ciclo Básico Común. Universidad de Buenos Aires. Correo: fernandahughes@yahoo.com

*** Lic. Antropología. Ciclo Básico Común. Universidad de Buenos Aires. Correo: mtacca@tutopia.com

En esta comunicación pretendemos aportar instrumentos teóricos que nos permitan analizar, a través del trabajo de campo etnográfico proyectado para los próximos 2 años en los sectores más vulnerables de la población, la dinámica social contemporánea, reintroduciendo explícitamente a las clases sociales como marco conceptual.

En este sentido, nos proponemos realizar una exploración preliminar crítica sobre los estudios de estructura social, y proponer la revalorización del concepto thompsoniano de “lucha de clases” y de “clase como categoría histórica”, lo que nos permitirá realizar una “comparación transnacional sistemática y empíricamente fundada que preste atención a los significados y las experiencias vividas” por los sujetos.

2. Los estudios de estructura social

Desde fines de los años cincuenta, y durante las décadas de los sesenta y los setenta, los estudios de estructura social en América Latina, estuvieron ligados a las corrientes intelectuales dominantes de la época, particularmente, dentro de la teoría estructural-funcionalista³. Dichos estudios, pusieron el acento en la “movilidad social⁴” como objeto fundamental de la investigación, partiendo de una visión positiva de los valores individualistas y liberales, cuyo modelo era la sociedad norteamericana. En general, se realizaron investigaciones descriptivas cuyo objetivo era reunir datos primarios sobre estructura social (movilidad y estratificación social, procesos de urbanización, industrialización, etc.). Estos estudios se basaron en encuestas y el análisis de fuentes secundarios, principalmente censos, utilizando metodologías de tipo cuantitativo para el análisis de la información. También se encuentran investigaciones centradas en aspectos particulares de la estructura social, referidos a la evaluación de recursos considerados como relevantes en relación con el desarrollo económico y social, que proporcionaban las bases para medir el grado de desarrollo/subdesarrollo y las capacidades potenciales para acelerar el proceso de desarrollo. Este tipo de análisis refería a los efectos positivos del desarrollo económico y productivo sobre la “movilidad social”. Los estudios de la época, destacaban la tendencia a la reducción del sector rural, el proceso de industrialización, la urbanización, el aumento de “salarización” de la PEA⁵ y la expansión del sistema educativo. Todas estas características, se suponía operaban como mecanismos de ascenso social.

En este modelo, la dimensión ocupacional, ocupaba un lugar central en la determinación de la estratificación y la movilidad social, aunque también se incorporó las posiciones referidas a los ingresos y a la educación. El supuesto era que existía una relación de contigüidad (causalidad) entre los niveles educativos alcanzados, lo que posibilitaría el acceso a la posición dentro de la estructura ocupacional, y ambas determinaban el nivel de ingresos. En este sentido, los análisis tenían un sesgo muy fuerte ya que ponían el énfasis en el mercado de trabajo, la ocupación, el nivel de ingresos y la inversión en capital humano a través del sistema educativo.

Por supuesto, la bibliografía de la época, también muestra la otra cara que contrasta con la “movilidad ascendente”: el crecimiento de los cinturones de pobreza urbana.

Este modelo oculta, entre otras cosas, los mecanismos sociales y políticos que inciden en la “movilidad social ascendente”, la distribución del poder y del prestigio. Los llamados “treinta años gloriosos”, con su tendencia al pleno empleo y las políticas sociales en expansión, analizados desde esta perspectiva, insistimos, no permite visualizar el poder acumulado en el campo del trabajo, una de cuyas consecuencias es la disminución en la tasa de ganancia. Para recomponer a esta última, se requería transferir el poder acumulado en el campo del trabajo al campo del capital. Es entonces que se desata la ofensiva contra los trabajadores y las clases subalternas en general, contra el “gasto estatal” y contra las formas de gobierno que limitaban la acumulación. Los análisis centrados en la “movilidad social”, ahora “descendente”, ocultan esta relación y distraen la atención sobre las formas de explotación del capitalismo.

Durante los últimos 20 años, los estudios comparativos sobre estratificación y movilidad social en la región latinoamericana fueron reemplazados por las investigaciones sobre pobreza y exclusión social, focalizando el interés en grupos sociales tomados en forma aislada, multiplicándose las indagaciones estadísticas sobre pobres, marginales, indigentes y “nuevos pobres”. Sobre estos últimos, también se realizaron investigaciones de tipo cualitativo. Como resultado, se han desarrollado y consolidado una serie de conceptos, índices e indicadores que procuran representar estos fenómenos. Así, la línea de pobreza y el índice de necesidades básicas se presentan como instrumentos que permiten la captación de la pobreza.

Sin embargo, este fraccionamiento analítico, que las investigaciones centradas en las variables estimulan, nada nos dice acerca de cómo las personas pobres han sido

llevadas a dicha situación como consecuencia de las acciones y/u omisiones de diferentes personas y/o grupos sino que, se las presenta como agrupamientos observados estáticamente, que comparten las características de una determinada situación. La línea de pobreza, en tanto aproximación unidimensional por ingresos, termina oscureciendo las características específicas de los procesos, la duración en el tiempo, la variedad de recursos y su efectiva utilización, así como subestima las consecuencias de la gran inestabilidad social y del aislamiento.⁶ Las definiciones metafóricas de la pobreza (adentro/afuera, arriba/abajo) pueden ser útiles para cuantificar y dimensionar el problema, pero en vez de centrar nuestra atención en los porcentajes, la pondremos en los procesos y las relaciones. También, es imprescindible una mirada relacional de la pobreza para determinar los responsables de la misma: quienes la han producido, la promueven, la conservan y se benefician con su subsistencia.

Al mismo tiempo que se utilizaban las metáforas para describir los efectos de las políticas neoliberales, los investigadores, basándose en teorías que, por lo común, entienden a la sociedad como un sistema, se han ocupado de señalar los procesos “des” a los que se ven sometidos, entre otros, las personas pobres y los trabajadores con y sin empleo. Dentro de esta perspectiva adquieren sentido oposiciones tales como socialización/desocialización; estructuración/desestructuración; integración/desintegración, afiliación/desafiliación, calificación/descalificación, profesionalización/desprofesionalización. Cuando esos mismos procesos, producto de determinadas relaciones sociales, se analizan desde la perspectiva de quienes los padecen, emergen, paralelamente, los procesos “re”. Esos procesos, en los que se incluyen los conflictos sociales, surgen como consecuencia de las que se perciben como relaciones de privación y, entre ellos, se encuentran los de resistencia, los de reivindicación, los de redescubrimiento de habilidades, los de recuperación de capacidades, los de restablecimiento de vínculos sociales, los de redefinición de la propia identidad, los de reorganización.⁷

3. Los aportes de E.P. Thompson

En todas las obras de E. P. Thompson en las que abordó la problemática de las clases sociales, encontraremos una despiadada crítica a los planteos economicistas y estructuralistas, a la concepción de falsa conciencia y del sustitutismo vanguardista y una revalorización de cuestiones tales como la voluntad, la cultura, la

autoconstrucción de las clases y un papel fundamental de la subjetividad en el proceso de conformación de las clases.

Uno de los planteos que encontramos en Thompson, en el prefacio de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, es que una clase social no se define previa o exclusivamente por sus determinaciones objetivas. Las dimensiones de la acción y la subjetividad, son necesarias para la construcción del concepto de clase. De esta forma, la conciencia y la experiencia de clase se hallan unidas y son las portadoras del concepto de clase, y dicha experiencia, la concibe como determinada por las relaciones sociales de producción.

Nos dice Thompson: “*la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase esta ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la experiencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta lógica en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna ley. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.*”⁸

Thompson llega a la definición y a la existencia misma de la clase no a partir de una realidad objetiva, independiente de la voluntad, sino a través de la evidencia de la acción histórica. Sólo a partir de la experiencia es que afirmará la existencia de la clase. Y en el planteo thompsoniano, la experiencia no es otra cosa que la lucha de clases⁹. Así, la lucha de clases, tiene una primacía causal sobre la clase y la conciencia de clase. Desacreditando las interpretaciones estructuralistas y / o economicistas, Thompson propone otro lugar para y otra relación de los conceptos de clase, conciencia y lucha de clases. “*En mi opinión, se ha prestado una opinión teórica excesiva a clase y demasiado poca a lucha de clases. En realidad, lucha de clases es un concepto previo así como mucho más universal. Para expresarlo claramente: las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una*

clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados, experimentan la explotación, identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico."¹⁰

Las clases, solo pueden ser definidas como fenómenos concretos, son productos necesariamente historizables. La clase, como categoría histórica, "está derivada de la observación del proceso social a lo largo del tiempo. Sabemos que hay clases porque las gentes se han comportado repetidamente de modo clasista; estos sucesos históricos descubren regularidades en las respuestas a situaciones similares, y en un momento dado (la formación 'madura' de la clase) observamos la creación de instituciones y de una cultura con notaciones de clase, que admiten comparaciones transnacionales."¹¹

La clase como categoría histórica, puede ser empleada, haciendo referencia a un contenido histórico real, empíricamente observable, que no sólo permitiría organizar y analizar la evidencia, sino que estaría presente en la evidencia misma.

Thompson cuestionó las utilizaciones de categorías, conceptos o muestra de clase predeterminadas y estáticas, para analizar realidades humanas que son siempre dinámicas e históricas. Estos usos pueden adquirir dos sentidos: sociológico y heurístico. En sentido sociológico¹², la clase es reducida a una simple medida cuantitativa, que se obtiene en función de la cantidad de personas en determinada relación con los medios de producción. En sentido heurístico, la clase es definida como aquello a lo que la gente cree pertenecer cuando la gente responde a una encuesta.¹³

La clase, no se reduce a un dato derivado del nivel de ingreso o del lugar ocupado en el proceso productivo, del que se deduciría mecánicamente una forma de comportamiento político.

La perspectiva y las herramientas explicitadas por Thompson en toda su obra, si las empleamos con cautela, nos pueden resultar de extrema utilidad. Adoptar sus herramientas metodológicas a nuestro trabajo no implica proyectar sus hallazgos empíricos a nuestra realidad, sino tomar sus advertencias metodológicas para ser utilizadas en otros contextos socioculturales.

Esta problemática que venimos desarrollando sobre el concepto de clase se enriquece, desde una perspectiva antropológica, con los aportes de los diferentes enfo-

ques sobre la cultura y su desarrollo histórico en las sociedades capitalistas.

Aunque no retomaremos la discusión exhaustiva que existe sobre dicho concepto es necesario destacar cuáles enfoques resultan más pertinentes para establecer relaciones entre clase y cultura, por una parte y entonces, explayarse sobre la cuestión denominada *cultura de clases*¹⁴, o cultura popular, cultura obrera, etc. Si bien es cierto que las distintas denominaciones, en general, obedecen a discusiones teóricas desde las cuales se fundamentan distintas categorizaciones, también lo es que, según el proceso histórico analizado, corresponderán mejor algunos conceptos que otros, sobretodo si se tiene en cuenta el concepto de clase como categoría histórica tal como se analizó antes.

Siguiendo a Thompson en esta línea argumental, el concepto de cultura de clase entendido también como una categoría histórica nos permitiría complejizar las nociones sobre las prácticas sociales y sus configuraciones hegemónicas y separarlas de las acciones o acontecimientos que demuestren actitudes contrahegemónicas o de transición histórica. Puede que esos límites se desdibujen según el énfasis del momento, pero de lo que no cabe duda es de que "a menos que se utilice el concepto de antagonismos, adaptaciones y (en ocasiones) reconciliaciones dialécticas, de clase [no] se hace posible reconstruir una cultura popular establecida por la costumbre, alimentada por experiencias muy distintas de las de la cultura educada."¹⁵

Esta primera contraposición "popular- ilustrada" tiene la particularidad de caracterizar estamentos de la sociedad aun cuando no existan clases sociales propiamente dichas, como sería el caso de la Europa protoindustrial y la transición hacia el siglo XIX. El debate teórico que nos interesa exponer aquí se refiere al problema de como adecuar en una categoría explicativa válida las nociones de cultura, clase y los términos adyacentes de popular u obrera.

Está claro que los aportes a la complejización del concepto de cultura provienen de la llamada Antropología Clásica, cuyos estudios etnográficos permitieron discutir y abordar temas como el de las pautas culturales adquiridas por los sujetos en diferentes sociedades, o la relación entre el sujeto y la estructura social y las discusiones consecuentes sobre el cambio cultural, etc. Sin embargo, ocurre frecuentemente, que se asocie el análisis de los procesos culturales solo teniendo en cuenta aquel marco clásico. Existe toda una línea argumental en la que se inscriben tanto antropólogos como historiadores¹⁶, los que, desde una mirada transdisciplinaria,

criticaron a la ciencia antropológica por su estrechez y ahistoricismo en el análisis social, sin tener en cuenta otros paradigmas teóricos que no se encuadraban en los períodos típicos de la antropología colonial.

Las discusiones más modernas de la antropología replantearon también (entre otros conceptos) la redefinición de la cultura teniendo en cuenta los procesos de dominación y hegemonía producto de la colonización europea. Esta antropología crítica consideró que los estudios históricos son útiles para explicar procesos simbólicos e ideológicos y no solo un mero marco contextual, lo que dio como resultado reconocer que en una sociedad de clases, las prácticas sociales de los sujetos no son homogéneas. Ahora bien, tampoco podría plantearse una “relación de uno a uno entre una clase y determinada forma o práctica cultural”¹⁷ y esto se debe a que en el proceso histórico que genera una sociedad antagonica “el principio estructurador de lo popular son las tensiones y las oposiciones entre lo que pertenece al dominio central de la cultura de élite o dominante y la cultura de la periferia.”¹⁸ El concepto lucha de clases es desde donde debe entenderse el campo de lo que es popular en contraste con lo que no lo es, esa dialéctica es la que nos permite entender la relación cultura y hegemonía. La polarización social induce, entonces, a reflejar procesos culturales opuestos pero complementarios y se corre el riesgo, en la observación etnográfica, de sellar los polos sociales con *culturas de clase* como mónadas aisladas del proceso de la lucha de clases. *Lo popular*, por lo tanto, no se reduce a una clase social sino que “alude a esa alianza de clases y fuerzas que constituyen las clases populares... y el lado opuesto a este, es por definición, no otra clase ‘entera’, sino esa otra alianza de clases, estratos y fuerzas sociales que constituye lo que no es el ‘pueblo’.”¹⁹

Desde este marco conceptual, pensamos que el enfoque etnográfico del trabajo de campo, enriquecerá el análisis de las prácticas de los sujetos que ya no son categorizados como “pobres excluidos”, generando “prácticas parasitarias a costa del Estado”, sino que en el campo de la lucha antagonica se constituyen prácticas sociales y políticas nuevas según la relación de fuerzas entre el bloque de poder y los sectores oprimidos. Resulta fácil desde ciertos enfoques teóricos reducir la protesta social en sus variadas manifestaciones, a problemas de sujetos fuera de la ley, o al borde del delito²⁰. A pesar de estos obstáculos epistemológicos y teóricos, consideramos que un estudio empírico que ponga a prueba conceptos y teorías que posibiliten reflexionar sobre la dinámica histórica propia de cada cultura en un

contexto general de globalización y de homogeneización simbólica podrá desgajar en una dimensión más real y compleja las situaciones particulares de los sujetos que son presa de los prejuicios y de la exclusión. Es por ello, que plantear las nuevas formas de protesta social o los nuevos movimientos políticos y sociales como temas para el debate histórico y teórico, desde la reflexión antropológica, adquiere una significación que inevitablemente se traduce en la reflexión sobre las prácticas de los sujetos involucrados tanto como de los investigadores.

4. *La especificidad del caso argentino*

Quisiéramos en adelante aplicar estas conceptualizaciones a la especificidad del caso argentino, para pensar estas relaciones entre cultura de clase y las subjetividades de resistencia como un posible instrumento analítico.

En este punto el desafío sería ver como un proceso que opera de manera hegemónica y –según algunos teóricos- con pretensiones homogeneizantes, como es la llamada *globalización*, cobra realidad en los Estados nacionales con características específicas, dando a lugar a configuraciones locales. En efecto, el neoliberalismo encarna una forma de gestionar la sociedad capitalista, a escala global. Pero lo paradójico es que esta forma global de relacionar el capital con el trabajo debe tener un anclaje local: la historicidad de las instituciones y las distintas culturas de clase de las sociedades particulares configuran localmente (o mejor: “glocalmente”) a este proyecto político.

La bibliografía sociológica del fenómeno llamado “globalización” muestra –como un núcleo común de acuerdo básico- las enormes transformaciones de las sociedades y sus formas jurídicas, estatales, o financieras, y los correlatos de esas transformaciones operando sobre los sujetos. Una de esas dimensiones -fundamental para la práctica antropológica- es el de la subjetividad, dado que refleja y expresa de manera dramática las contradicciones que presenta el capital.

Si entendemos al capital fundamentalmente como una relación social, podemos considerar a la subjetividad como el espacio de constitución de la lucha y la resistencia en un momento histórico determinado. De esta manera podemos entender a la protesta y las formas sociales de resistir en la actualidad como otra manifestación observable de estos procesos histórico-sociales. Efectivamente, podemos pensar (a partir del deve-

lamiento de los velos fetichizados de la existencia que introdujo Marx) el proceso de valorización del capital como un movimiento continuo que, a partir de la categoría “trabajo” deviene sucesivamente mercancía, dinero y capital... “... luego, la constante repetición del intercambio lo convierte en un proceso social normal...”²¹ Este proceso continuo de cambio (“*metamorfosis del capital*”) no tiene fin y subyace a la constitución de la subjetividad social, es por eso un proceso contradictorio y continuo de subjetivación y de des-subjetivación. En el corazón de este proceso esta la transformación de la energía humana en valor, *abstrayendo*, forzosamente el trabajo humano²². Podemos parafrasear a Thompson y agregar: la sociedad capitalista no se desarrolla simplemente a través de la lucha de clases, más bien la lucha de clases es un momento constitutivo de la relación capitalista²³. Por ello elegimos esta visión, según la cual -y complementando a E. Thompson- entre las clases de una sociedad dada no existe una lucha entre subjetividades “naturalizadas” (como la de trabajadores/capitalistas) sino una lucha continua por constituir, reformular o resistir las subjetividades alienadas de nuestro existir que el proceso continuo de valorización del capital obliga a asumir.

Analicemos sintéticamente la conformación de la sociedad, a partir de las manifestaciones de la subjetividad social tal cual se dio en la Argentina siguiendo al fenómeno de la *protesta social*. En el caso de la sociedad argentina este fenómeno es espectacular, por la manera acompasada con que acompañó los cambios estructurales de la sociedad. En efecto, las distintas expresiones del conflicto social aumentaron a la par que se intensificaba la crisis, obrándose así un cambio cualitativo como es la configuración de un *nuevo actor social de resistencia y conflicto*.

Esto está evidenciado por un extenso volumen de bibliografía sobre el tema, relativamente reciente, la que discurre de manera dispar en sus análisis, pero coincidiendo en su objeto: las “nuevas formas de protesta social” a partir de la última década del siglo veinte. En esta comunicación presentamos al fenómeno de la eclosión de la resistencia popular como una característica particular de la sociedad argentina.

Las conceptualizaciones teóricas enunciadas en este trabajo implican la postulación de una cierta mirada que choca en este punto contra un gran *corpus* de trabajos -elaborados durante las últimas décadas y en especial los años 90- que se centraron en la focalización del aspecto visible del fenómeno del neoliberalismo con respecto a los sectores subalternos: el fenómeno de la po-

breza (conceptualizándola o bien como “tradicional” o bien como “nueva”) teniendo como marco explicativo la ostensible -y muy real- contracción del mercado de trabajo. En estos términos -y tal como lo analizábamos más arriba- se comenzó a hablar de los “excluidos”, “marginados” “desafiliados” etc., etc. En lo que sigue nos planteamos revisar críticamente estos enfoques y sus consecuencias metodológicas.

Para ello proponemos examinar la conformación de estos nuevos actores políticos surgidos como consecuencia de la aplicación del proyecto neoliberal. ¿En qué características podemos reconocer formas “nuevas” de resistir en la historia reciente argentina? En la historia de las luchas sociales en nuestro país, el *repertorio clásico* de resistencia social se encarnó en el *conflicto laboral*²⁴, forma vinculada a un mercado de trabajo de tasas de desempleo relativamente bajas. Ello convirtió al sindicalismo -y con él, al peronismo como su referente central- en un actor político decisivo de la historia argentina. De esta manera, el movimiento obrero organizado se convirtió en obstáculo a la implementación de proyectos aperturistas y desreguladores del mercado interno, proyectos que tenían una obvia conclusión en la desindustrialización planificada. Con un claro enfoque neoliberal, la última dictadura militar (1976-1982) tenía -por fuerza- que hacer “desaparecer” (!) esta barrera a que se alzaba en el camino de su proyecto político. Sin embargo, durante el gobierno democrático inmediatamente posterior a la dictadura, el sindicalismo aún continuaba siendo un actor político importante²⁵.

Así llegamos al inicio de la década de los 90, inaugurada por la política desreguladora del gobierno peronista que continuará con lo iniciado en 1976²⁶. Durante este periodo (que podemos entender como una etapa de transición entre los repertorios clásicos e inéditos en la protesta social) los niveles de conflicto experimentan un retraimiento general, a la vez que van delineando rasgos nuevos, reflejo de las transformaciones estructurales de más largo plazo que experimentaba la sociedad argentina. En efecto, una primera revisión general revela una disminución de los conflictos sindicales de la industria, y en general, del sector privado. Además se verifica una caída de todos los niveles de conflicto laboral, en correlato con un aumento -ahora crítico- de los niveles de desocupación y su visibilidad social²⁷. Por último, se percibe un claro cambio sectorial de los conflictos, los que comienzan a ser protagonizados por trabajadores estatales, a la vez que aparece un cambio en la ubicación geográfica de la protesta, que pasa de los centros industriales (polos en el centro y estados provinciales)

al interior del país. Hasta aquí reseñamos sucintamente el cambio de los sujetos sociales de la resistencia. Junto a ellos, también se modificaron las formas de la misma.

En un contexto de inéditos niveles de la desocupación y la subocupación, a mediados de la década del 90 se incorpora un nuevo sujeto de lucha y resistencia que protagonizará en adelante la protesta social: los desocupados, que utilizarán como forma principal de lucha el *corte de ruta*, instalándose así (actor y método) de manera inmediata en la escena nacional. Las características que presenta este nuevo sujeto de protesta son su amplia localización (al otrora centro productivo se suma ahora la periferia, de manera que se vinculan provincias del interior, Capital Federal y el densamente poblado Conurbano bonaerense); la relación directa -por lo menos en sus inicios- con el desarrollo de programas de empleo instaurados por el Estado como una suerte de (ínfima) ayuda social; y su acelerada experiencia de organización, demostrada en la práctica por la multitud de los desposeídos del país marchando sobre la Capital Federal, cortando sus accesos, ocupando sus lugares tradicionales de protagonismo (la histórica Plaza de Mayo²⁸) e instaurando otros lugares nuevos (supermercados, puentes de acceso, autopistas, etc.) en el imaginario público de la resistencia.

En este punto, y en consonancia con la postura crítica que señalábamos más arriba, postulamos la existencia de ciertos elementos de continuidad entre las formas de resistencia de aquellos a quienes algunas visiones académicas, gran parte de la sociedad y (fundamentalmente) los medios de comunicación, consideran "excluidos" o "marginales" y las formas más clásicas de protesta, representativas del mundo del trabajo.

En esta visión "de exclusión", el mundo del trabajo es presentado como escindido y sus luchas como simplemente reactivas a la "falta de inclusión" (o sea: irracionales) quitándole de esta manera el componente subjetivo de resistencia y legitimidad que existe en la mediación entre el sistema de relaciones sociales y las diferentes formas de reclamar. Podemos decir -anticipando alguna conclusión- que ante la crisis del modelo de estado asistencialista (de acumulación basada en el mercado interno) a favor de la emergencia de un nuevo patrón de acumulación aperturista (de "libre mercado") los reclamos y formas de la protesta social estarían -parafraseando a E. Thompson- encarnando una defensa de los *supuestos morales* que sustentaban las relaciones económicas y estructuraban las relaciones políticas en el modelo anterior²⁹. Esta forma de análisis nos

permite establecer esta relación de continuidad de la que hablamos, entre las "nuevas" y "viejas" formas de protesta.

Efectivamente, la idea del "piquete" como acción orientada a aislar, tiene su génesis y encuentra su lógica en el mundo del trabajo. Pero aún más: diversos estudios³⁰ coinciden en demostrar que gran parte de los beneficiarios de los planes de empleo son trabajadores hasta hace pocos años asalariados. Las historias de vida de los beneficiarios de planes sociales que hemos indagado en varias situaciones de campo en barrios periféricos, desmienten cualquier consideración de marginalidad o inadaptación, mostrando trayectorias laborales relativamente largas y una socialización muy marcada por el mundo del trabajo. Es más: en general es frecuente encontrar historias personales con grados de afiliación relativamente altos, con experiencias laborales afines a lugares que implicaban la cooperación entre muchos trabajadores. Algunos estudios han interpelado sujetos con una curiosa característica, para nosotros reveladora: a pesar de testimoniar grados relativamente bajos de participación y militancia gremial durante su etapa asalariada anterior, ahora parecieran haberse "activado" estas prácticas y potencialidades, cristalizando en un activo protagonismo en las acciones de lucha y protesta que llevan adelante, como movilizaciones, cortes de ruta, e incluso algún "estallido" violento. De manera que, aunque sí se verifican importantes cambios biográficos -producto de la transformación histórica de las estructuras que contenían a estos sujetos- también es cierto que ciertos elementos muy marcados los relacionan con aspectos característicos del mundo del trabajo, en especial de la cultura sindical dominante. En otras palabras, señalamos elementos de una *tradición*, en términos de *legados organizativos* que los predispondrían a organizarse para defender sus intereses económicos inmediatos.

Hay aquí indicadores muy claros de la destrucción de las relaciones sociales que inscribían históricamente a estos sujetos, elementos que nos hablan de la destrucción de una porción de una clase social. Este es un proceso que opera por expulsión violenta y por heterogeneización. Sin embargo, se debe rescatar, en el marco de las enormes dificultades para estructurar una identidad colectiva en esa situación, la organización de las acciones entre quienes entienden compartir su suerte. Y esta organización es relevante porque, incluso separados de las condiciones materiales de vida, sin la posibilidad de perder ya nada más, no se verifica en ninguna de las organizaciones de desocupados ningún

obstáculo conceptual que impida construir solidaridades hacia el interior del proletariado. Desde aquí podemos comprobar entonces el lugar preponderante de la historicidad en la definición de una clase, mas allá del contexto de su actualidad.

En la actual fase de restauración (neo)conservadora se actualizan las tendencias históricas del capitalismo, esto es: reducir al máximo el número de trabajadores empleados y aumentar la masa de plusvalía. Esto genera una continua destrucción y recreación de los medios de producción y fuerzas productivas. La sobreacumulación del capital (en su forma más abstracta: el dinero) lo muestra escapando del circuito productivo, expandiéndose, volátil. La contracara del capital volátil (no empleado en la producción) es el trabajo desocupado. Estamos hablando de la dimensión (contradictoria) que existe entre trabajo concreto, como creador de valores de uso y trabajo abstracto, como creador de valores de cambio y, por tanto, alienado.

Si más arriba analizábamos críticamente a los estudios focalizados en la pobreza, era porque entendemos el *desempleo* no como una simple carencia de un bien (el trabajo asalariado) sino como otra forma del trabajo capitalista producida por la intensificación de la subsunción³¹ del trabajo y la sociedad en el capital. Ciertos autores plantean acertadamente que “la característica más importante del capitalismo no es la inserción de los trabajadores en los procesos productivos y su explotación, sino la desmaterialización del *trabajo concreto* en *trabajo abstracto* o dinero³². Como analizamos arriba, la situación de “exclusión” *no es incompatible con el desarrollo de espacios para reinventar formas humanas y sociales de existir y resistir*³³. Marx, en su análisis del paso de la subsunción *formal* del trabajo por el capital (en donde éste no se había convertido todavía en la fuerza dominante en la sociedad) a formas de subsunción *real*, explica las consecuencias de este proceso complejo: en efecto, de esta manera el capital deviene una fuerza capaz de determinar la forma de la sociedad como un todo. Se trata de un proceso de progresiva expansión y subordinación política de toda la sociedad en el capital. El capital aparece como el sujeto de la sociedad capitalista: el trabajo humano –desmaterializado en la forma *dinero*– se ha convertido en la forma fundamental de organización social, la forma de mediación en la producción de sujetos e instituciones sociales. El “desempleo” puede ser visto así como una forma de alienación; pero *con el desempleo no termina la lucha por la dominación y explotación de los sujetos “excluidos”*. Como vimos, se constituye un *espacio de*

lucha, un *campo* que implica otras formas de subjetivación que no se visibilizan (o que una vez dadas, son sometidas a un inmediato proceso de invisibilización por parte del capital) dado el predominio (en nuestra sociedad, en la que el capital deviene dinero) de los aspectos *abstractos* de las relaciones sociales por sobre los *concretos*. A los desocupados se los excluye de la esfera de la producción, pero el desempleo intensifica la subsunción real de todas las personas en el capital.

Estos aspectos abstractos de la sociedad moderna, son vividos sin embargo de una manera muy real por los sujetos. Ana Dinerstein³⁴ califica a esta experiencia como “de abismo”, de externalidad, de separación entre el desocupado, su realidad cotidiana y el dinero, que fluye³⁵... Si “ya no hay nada que perder...” si “lo único que nos queda es la vida...” es porque aquí *no se nos excluye*, sino que -por el contrario- se nos *somete*.

Los desempleados, los sub (o parcialmente) empleados, los que no participan del proceso de producción de manera directa, pero sí se reservan el derecho de reclamar u opinar y producen formas de organización *ad hoc*, participan también (como los explotados por el empleo) de los espacios y potenciales críticos de la subjetividad y de la resistencia. Como sujetos subsumidos por el capital (como relación social fundamental) todos crean subjetividades al interior del proceso de reproducción del capital. La resistencia reside en el corazón mismo de la relación del capital.

Estas son las razones para pensar las posibilidades de un cambio social “desde abajo” en la República Argentina y, como dijimos, uno de sus rasgos más novedosos y característicos. Efectivamente, desde el seno de una sociedad con un altísimo grado de institucionalización de la protesta social, se ha ido construyendo un polo de *contrapoder* que utiliza los espacios locales, territoriales (el barrio, las fábricas, las rutas) y en base a relaciones cara a cara, de los vecinos, los desocupados, etc., reinventando las relaciones solidarias entre los sujetos. Postulamos así algún punto para entender la estructuración diferencial de la sociedad argentina, historicidad que ha cobrado cuerpo junto con la agudización de la crisis estatal y que tiene en la visibilización de las subjetividades de resistencia uno de sus núcleos principales.

Notas

¹ Proyecto UBACyT U027, 2004-2007, Directora Mirtha Lischetti, Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad de Buenos Aires.

² "Nacionalismo y construcción de la subjetividad política en el proceso de integración de Chile y Argentina" Proyecto UBACyT U030, 2001-2003, directora Mirtha Lischetti; "Relaciones entre poblaciones de Estado-Nación (Chile-Argentina) en un marco de universalismo estratégico" Proyecto UBACyT TU030, 1998-2000, Directora Mirtha Lischetti.

³ No la entendemos sólo como resultado de las orientaciones teóricas hegemónicas, sino como consecuencia de una práctica heterónoma de producción de conocimientos. "La heteronomía es el conjunto de condiciones que oprimen y privan, son las instituciones económicas, políticas e ideológicas que manipulan y violentan a los sujetos. Expresan una estructura de clase y especialmente el poder de una categoría social determinada sobre el conjunto." CUEVA, D. *et al.*, 2003.

⁴ Las perspectivas teórico-metodológicas orientan en la selección de problemas y producen conocimientos que pueden ser utilizados y puestos en práctica por una multiplicidad de actores en diversas ocasiones e instancias: formular diagnósticos, definir y legitimar políticas y descartar opciones alternativas. Recordemos que las categorías y conceptos construidos para dar cuenta y/o explicar determinados fenómenos, pasan a formar parte del vocabulario diario y del sentido común, contribuyendo a "moldear" las formas que tenemos de entender a dichos fenómenos o problemas. También los podemos percibir como formando parte de la "ideología normal", de la concepción del mundo dominante, en la medida que todos los actores lo incorporen a su cotidianidad. Eagleton caracteriza distintas estrategias de legitimación del poder dominante: "...promocionando creencias y valores afines a él, *naturalizando* y *universalizando* tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables; *denigrando* ideas que pueden desafiarlo; *excluyendo* formas contrarias de pensamiento, quizás por una lógica tácita pero sistemática; y *oscureciendo* la realidad social de modo conveniente a sí misma." EAGLETON, T. 1997. En el trabajo de campo realizado, esto lo comprobamos con algunos de nuestros informantes entre quienes la posibilidad de "movilidad social ascendente" aparece como una característica de la estructura social argentina.

⁵ Población económicamente activa.

⁶ WACQUANT, L., 2001.

⁷ VASILACHIS DE GIALDINO, I., 2003.

⁸ THOMPSON, E. P., 1989.

⁹ A partir de sus estudios sobre la sociedad inglesa del siglo XVIII, Thompson llegó a esta revalorización del concepto de lucha de clases.

¹⁰ THOMPSON, E. P., 1984. Pág. 37.

¹¹ THOMPSON, E. P., 1984. *Op. Cit.*. Pág. 34.

¹² Este sentido generalmente se utiliza desde una perspectiva positivista.

¹³ Este sentido es utilizado frecuentemente por los investigadores norteamericanos funcionalistas para criticar la noción marxista de clase.

¹⁴ En este trabajo nos referiremos a la problemática sobre los sectores populares.

¹⁵ THOMPSON, E. P. 1984. *op. cit.* p. 40.

¹⁶ Recordaremos a P. Worsley, G. Balandier, M. Godelier para citar algunos antropólogos. Entre los historiadores podrían destacarse E. Hobsbawm, C. Hill, C. Ginzburg, entre otros.

¹⁷ HALL, H., 1984. p.108.

¹⁸ *Ibid.*, p. 102.

¹⁹ *Ibid.*, p. 108.

²⁰ Como bien señala Thompson, la mirada desde arriba suele llegar a este tipo de conclusiones en las que se simplifica la estratificación social, por un lado, y se omite el análisis de la protesta o de la rebelión como un factor de la tensión entre las clases. Las ideas que generalmente circulan en los medios de comunicación sobre una convivencia armónica de los grupos antagónicos podría ser subsidiarias de estos enfoques.

²¹ MARX, C., 1999 (1867).

²² MARX, C. 1999. *Op. Cit.*

²³ Estamos siguiendo aquí los desarrollos teóricos que, sobre otros estudiosos del "marxismo abierto", postula Ana Dinerstein. DINERSTEIN, A. 1999.

²⁴ La **fábrica** y la **plaza** han sido los ámbitos clásicos de expresión de la protesta laboral en Argentina. Nótese la especificidad del caso argentino que combina lo universal del reclamo laboral en la modernidad (**huelga**) con lo particular histórico: la **movilización** callejera como elemento propio de la tradición peronista, cuyo momento fundacional es el 17 de octubre de 1945. Así los sindicatos se arrogan el monopolio de la representación de los trabajadores, cargando a la protesta laboral clásica de un alto grado de institucionalización. (ver: FARINETTI, M., 1999).

²⁵ Los 13 paros de la CGT durante el gobierno de R. Alfonsín (un promedio de uno cada 5 meses) demuestran su protagonismo, aun después de la noche militar.

²⁶ Esta es claramente una década que expresa cambios cualitativos en el sindicalismo argentino. Por un lado se resiente de la ruptura del sistema nacional de relaciones laborales (recordemos que, a diferencia de Chile, en la Argentina el sindicalismo se organiza nacionalmente por rama de actividad) eclipsándose así su rol tradicional de interlocutor entre el gobierno y el empresariado. Por otro lado, los sindicatos pierden presencia en el sistema político, dado el cambio de perfil doctrinario que el menemismo le imprimió al conjunto del peronismo. PALOMINO, H., 1995.

²⁷ En esos momentos las tasas de desocupación ya habían alcanzado el doble de las experimentadas durante la década del 70. Podríamos decir que en este momento de la historia argentina ambos fenómenos (protesta social y desocupación) mantienen casi exactamente una relación inversa.

²⁸ La clase trabajadora argentina moderna no llegó al peronismo ya plenamente formada: el peronismo fue decisivo en su aparición y formación. En este sentido, la "usur-

pación” de su símbolo fundacional, la Plaza de Mayo (junto a las calles y espacios públicos) es un claro ejemplo del cambio de paradigma que venimos reseñando. Ver: FARINETTI, M. 1999. También: JAMES, D., 1990.

²⁹ Estamos muy tentados de interpretar el accionar de los grupos de desocupados –trasladando al presente los conceptos de E. Thompson– como una reacción popular disciplinada, con claros objetivos, y una alternativa colectiva organizada, a despecho de variantes individualistas o familiares frente a la carencia: una suerte de “economía moral” de personas socializadas en el trabajo, que lo pierden ya para siempre. El lenguaje con que se interpela a la clase política es, claramente, un lenguaje **moral**. Pero no podemos olvidarnos que, mientras E. Thompson se limita concretamente al momento histórico del modelo paternalista, la conformación de las clases sociales de la sociedad argentina es ya muy anterior a los años 90.

³⁰ MACEIRA, V., y SPALTENBERG, R., 2001.

³¹ Para Marx, subsunción es el proceso histórico por el cual, mediante los mecanismos abstractos de la valorización del trabajo, el capital deviene la fuerza dominante de la sociedad. Mientras la subsunción era *formal*, el capital no se había convertido aún en la fuerza dominante de la sociedad: había una subordinación directa del proceso de trabajo por el capital. En tiempos de la subsunción real, el capital deviene en una fuerza capaz de determinar la forma de la sociedad como un todo. En un principio, el trabajo constituía un aspecto marginal o secundario de la sociedad, pero luego, (subsunción real) se llega a un punto de no retorno en el cual el trabajo humano (desmaterializado en la forma de trabajo abstracto -o dinero-) se convierte en la forma fundamental de la organización social. En: DINERSTEIN, A., 2003.

³² DINERSTEIN, A. 2003. Pero por supuesto, también tomamos las ideas del trabajo humano como una relación social a partir del proceso de valorización de las mercancías, de: MARX, C. 1999 (1867).

³³ DINERSTEIN, A. 2003.

³⁴ DINERSTEIN, A. 1999. También: DINERSTEIN, A., 2004.

³⁵ Fluye de nuestros ámbitos domésticos, fluye de los bancos, de los países, de nuestra región... Si antes era productivo, ahora –en las crisis– será líquido, inmaterial, en apariencia todopoderoso...

Bibliografía

CUEVA, D. y OTROS, 2003. Integración de poblaciones en las prácticas sociales y políticas. En: *Desafíos para la integración regional. Chilenos en Argentina. Una perspectiva antropológica*. Editorial Antropología, pp. 83-112. Buenos Aires.

DINERSTEIN, A. 1999. Subjetividad: capital y la materialidad abstracta del poder (Foucault y el Marxismo Abierto). En: *Teoría y filosofía política. La tradición clásica y las nuevas fronteras*. Borón, A. (comp) Parte III. Buenos Aires, CLACSO.

DINERSTEIN, A. 1999. Sujeto y globalización: la experiencia de la abstracción. *Doxa*, Año X No. 20, Verano 1999-2000.

DINERSTEIN, A., 2003. Argentina: recobrando la materialidad. El desempleo como espacio de subjetivación invisible y los piqueteros. *Herramienta* no. 22 otoño 2003. <http://www.herramienta.com.ar/modules>.

DINERSTEIN, A., 2004. Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina. *Rev. Venez. de Econ. y Ciencias Sociales*, vol. 10, n° 1, (ener.-abr.), 241-269.

EAGLETON, T., 1997. *Ideología. Una introducción*. Buenos Aires.

FARINETTI, M., 1999. ¿Qué queda del “movimiento obrero”? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina. *Trabajo y Sociedad* No. 1 julio/septiembre, Santiago del Estero, Argentina.

HALL, S., 1984. Notas sobre la deconstrucción de “lo popular”. En *Historia popular y teoría socialista*. Ed. Crítica, pp. 102-108. Barcelona.

JAMES, D., 1990. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Ed. Sudamericana. Buenos Aires.

MACEIRA, V., y SPALTENBERG, R., 2001. Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina. OSAL, Septiembre de 2001.

MARX, C., 1999 (1867). *El Capital*. Ed. FCE. México.

PALOMINO, H., 1995. Quiebre y rupturas de la acción sindical: un panorama desde el presente sobre la evolución del movimiento sindical en la Argentina. En: *La nueva matriz política argentina*. Acuña, C. (comp.) Buenos Aires, Ed. Nueva Visión.

SPALTENBERG, R., *Conflictos laborales en Argentina: 1984-1994*. Buenos Aires, Instituto Gino Germani de Investigaciones de la Fac. de Ciencias Sociales. UBA. Mimeo.

THOMPSON, E.P., 1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Ed. Crítica. Barcelona.

THOMPSON, E.P., 1984. *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Ed. Crítica. Barcelona.

VASILACHIS DE GIALDINO, I., 2003. *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Gedisa. Barcelona.

WACQUANT, L., 2001. *Parias Urbanos*. Ed. Manantial. Buenos Aires.